

LA NAVE DEL CAPITÁN ROBERT.

Mi madre solía llevarnos a mi hermano y a mí a casa de mi abuela los días antes de empezar el colegio, mientras ella trabajaba. La casa de la yaya estaba muy cerca de la plaza del Duque, que era donde mi madre tenía la oficina. La recuerdo como una de esas casas antiguas, que huelen a puchero en invierno y a gazpacho los veranos. Llena de fotos de bodas en la mesa principal del salón y a un lado de la ventana, el sillón antiguo de mi abuelo en el que nunca se sentaba nadie.

Yo era demasiado pequeño para comprender el gran esfuerzo que hacía mamá para llevarnos allí desde donde vivíamos entonces. Todas las mañanas, desde el 1 hasta el 12 de septiembre. Ahora ya, cuando hablo con ella para decirle que le voy a dejar a mis hijos mientras yo también trabajo, me recuerda siempre la alegría que nos daba a mi hermano y a mi coger ese autobús aquellos últimos doce días del verano.

Para mí no era un autobús, ni doce días cualquiera. Mamá nos decía que ese vehículo alargado era la nave del capitán Robert. Venía siempre muy temprano a la estación de salida, y se divisaba desde lejos con aquellas luces largas.

Unas puertas grandes se abrían de par en par sin la ayuda de nadie, y enfrente, se encontraba el capitán Robert. Un hombre de la edad de mi madre, barbudo y vestido con su uniforme. Le dábamos los buenos días muy amablemente, y entrábamos. Mi hermano siempre corría hacia el fondo para coger el último asiento. << ¡Que arranque la nave y nos lleve a casa de la yaya capitán!>> gritaba mi hermano desde el fondo.

Antes de salir de casa, nos vestíamos con nuestro uniforme de 'guardianes de la nave'. Nos colocábamos las pistolas de plástico en los bolsillos de los pantalones, la espada la sujetábamos con el cinturón y en la mochila metíamos agua, naves de juguetes de repuesto y tiritas por si nos herían mientras la protegíamos en la misión.

Nunca pasó nada. Siempre llegábamos a salvo, pero todos nos daban las gracias por protegerlos cuando llegábamos a nuestro destino.

Cada día era una aventura. Llegaban personas nuevas, distintas. La mayoría eran personas como mamá, que iban al trabajo. Se sentaban y miraban por la ventana esperando a ver amanecer. Esa era la mejor parte del viaje. Veíamos salir el sol dulcemente y esa era la señal de que ya estábamos llegando.

El día doce, el último día en la nave, el capitán Robert nos premiaba por nuestra colaboración con unos caramelos de limón. Todos los años hasta que nos hicimos mayores y ya simplemente nos montábamos en el 27.

Pero esas historias se quedaron grabadas allí. En aquella nave que hoy montan mis hijos con la misma ilusión que nos montábamos mi hermano y yo.

Ivan Rosse